

Capítulo I



Dígame, ¿qué historia desearía usted escuchar?
¿La de mi vida o la del mundo que me tocó habitar?

Mirza Ruswa, ¿por qué me hostiga e intenta sonsacarme los detalles de mi vida? ¿Qué interés puede tener usted en la vida de una mujer desafortunada como yo? No creo que disfrute escuchando la historia de una pobre desdichada, vagabunda y desventurada, que no es más que la vergüenza de su familia y cuyo nombre será digno de oprobio tanto en este mundo como en el venidero. No obstante, ya que insiste, se la contaré. Escúcheme con atención.

¿De qué me servirá hablar de mis antepasados? La verdad es que ni siquiera me acuerdo de los nombres de mis padres ni de mis abuelos. El único recuerdo que guardo de mi infancia es que mi casa estaba en algún lugar en las afueras de la ciudad de Feizabad. Era una casa de ladrillo rodeada por las chozas de adobe con techumbre de paja de nuestros vecinos, que eran gente sencilla: aguadores, barberos, lavanderos y empleados en otros menesteres. Aparte de la nuestra, la única casa alta que había en la vecindad era la de un hombre llamado Dilawar Jan.

Mi padre trabajaba en el mausoleo de la bahu begum¹ sahiba, que fue la esposa del nabab Shuya-ud-Dola², de Avadh. No sé a qué se dedicaba ni cuánto le pagaban, pero recuerdo que la gente le solía llamar yamadar³.

Yo acostumbraba a jugar con mi hermano pequeño todo el día. Me tenía tanto cariño que no se apartaba de mi lado ni un solo instante.

Me resulta difícil expresarle la alegría que nos embargaba cuando mi padre regresaba de trabajar por las tardes. Yo me abrazaba a él, y mi hermano salía corriendo gritando: «¡Papá, papá!», y se agarraba a su chal. Entonces el rostro de nuestro padre se iluminaba con una amplia sonrisa, me acariciaba y me daba palmaditas en la espalda, y cogía a mi hermano en brazos y lo besaba. Recuerdo perfectamente que nunca regresaba a casa con las manos vacías. A veces traía caña de azúcar, y otras, dulce de azúcar u otros dulces en platitos hechos de hojas, y a la hora de repartírnoslo mi hermano y yo nos peleábamos. Él cogía la caña de azúcar y yo el plato lleno de dulces. Mi madre nos contemplaba mientras preparaba la cena. En cuanto mi padre se sentaba, yo empezaba a importunarle diciéndole:

—Papá, ¿por qué no me has traído una muñeca? Mira qué gastadas tengo ya las sandalias, pero a ti te da igual. El joyero todavía no me ha hecho el collar y dentro de

¹ Begum: literalmente, «esposa o señora de la casa». Título de respeto equivalente a «señora», que se pospone al nombre propio que acompaña.

² Segundo gobernador de Avadh entre 1753 y 1775.

³ Hombre al cargo de un grupo de personas.

poco se celebrará la ceremonia religiosa por mi prima pequeña; ¿qué me voy a poner entonces? Me da igual lo que pase, pero para Id⁴ tengo que tener un traje nuevo. Sin falta.

Cuando mi madre terminaba de hacer la cena, me llamaba. Yo cogía la cesta de pan y la cacerola con salsa. Extendíamos una sábana sobre la alfombra, mi madre servía la comida y todos empezábamos a comer, y, al terminar, dábamos gracias a Dios. Mi padre recitaba las oraciones de la noche y nos acostábamos. Él se levantaba temprano para rezar las oraciones de la mañana. Entonces, yo saltaba de la cama y reanudaba mi retahíla de peticiones:

—Papá, no te olvides hoy de traerme una muñeca. Y trae también un montón de guayabas y mandarinas...

Tras pronunciar la oración de la mañana, mi padre rezaba su rosario de cuentas. A continuación subía a la azotea, abría el palomar, daba de comer a las palomas, y dejaba que dieran un par de vueltas por el cielo. Mientras tanto mi madre terminaba de barrer, de limpiar y preparaba la comida, ya que mi padre tenía que salir a trabajar bastante pronto. Después, se sentaba a coser y a remendar la ropa. Yo llevaba a mi hermano a pasear por las callejuelas o lo dejaba bajo el tamarindo que había frente a nuestra casa, mientras yo jugaba con los otros niños. ¡Qué días más maravillosos! No tenía nada por lo que preocuparme en el mundo. Disfrutaba de la mejor comida y vestía con buena

⁴ Fiesta que marca el final del Ramadán.

ropa. Mi situación era mucho mejor que la de mis compañeros de juegos. No deseaba nada más ya que ignoraba que pudiera haber algo mejor. En nuestro vecindario no había ninguna casa más alta que la nuestra y todos vivían en una sola habitación o bajo un techado. Mi casa, en cambio, tenía dos patios al frente, en torno a los cuales estaban dispuestas las diversas estancias, la cocina y la escalera que conducía a la azotea, donde también había dos pequeñas habitaciones. Nosotros contábamos con alfombras y sábanas blancas para extender sobre ellas. Teníamos más utensilios de cocina y vajilla que los que necesitábamos y los vecinos solían venir a pedirnos algunas cosas prestadas. Un aguador se encargaba de traernos el agua mientras que otras mujeres debían ir ellas mismas al pozo. Cuando mi padre salía de casa con su uniforme, la gente se inclinaba para saludarlo. Mi madre, cuando salía, iba en palanquín, mientras que las mujeres de la vecindad tenían que recorrer las calles a pie.

En lo que a mí respecta, era mejor parecida que mis amigos. Aunque nunca fui muy guapa, no era tan anodina como ahora. Tenía la tez un poco más clara que la flor amarilla del *champak*⁵, una amplia frente, ojos grandes, unas mejillas rellenas y redondeadas como suelen ser las de los niños, y la nariz, aunque no era precisamente aguilena, tampoco era chata ni respingona. Poseía una buena figura para mi edad, a pesar de que ya no la conservo. De todos modos nunca he sido, ni antes ni ahora, delgada.

⁵ Flor anaranjada y fragante del árbol del mismo nombre.

Vestía pantalones anchos de seda roja con bajos estrechos, ajustados a la cintura con un cordón de sarga, y una blusa y una *dupatta* de fina muselina. Lucía tres pulseras de plata en cada brazo, una cadena de oro en el cuello y un pendiente de oro en la nariz. Las otras niñas tenían pendientes de nariz de plata. Me acababan de hacer agujeros en las orejas, por lo que tenía en los lóbulos un hilo azul y habían encargado unos pendientes de oro al joyero.

Cuando solo tenía nueve años me comprometieron con el hijo de la hermana de mi padre. En esa época sus padres empezaban a estar ansiosos por fijar una fecha para el enlace. Mi tía se había casado con un terrateniente de Nababganch, y vivían en una casa mucho mayor que la nuestra. Antes de mi compromiso, había ido a visitarlos varias veces con mi madre. Su forma de vida era bastante distinta a la nuestra. Su casa, a pesar de que no era de ladrillo ni de piedra, era enorme, con techos de paja y grandes portones. Tenían establos con muchas vacas, bueyes y búfalos, y un montón de leche y mantequilla.

Poseían silos con grandes montañas de cereales y, en la estación del maíz, traían cestas con mazorcas. En los meses de invierno acumulaban la caña de azúcar en grandes montones y podíamos comer hasta hartarnos.

Yo ya había visto a mi futuro marido. En realidad, habíamos jugado juntos.

Mi padre compró todo lo necesario para mi dote. Solo necesitaba un poco más de dinero para la boda, que había sido fijada en el Rayab, el séptimo mes del año.

Por las noches, cuando mis padres hablaban de la

boda, yo los escuchaba a hurtadillas y disfrutaba de todo aquello que alcanzaba a oír. Estaba orgullosa de mi prometido. Era más apuesto que el de mi amiga Kariman, la hija del cardador. Su prometido era de piel oscura; el mío tenía la tez clara. El suyo tenía el rostro cubierto por una barba gruesa y alborotada; el mío tenía un pequeño bigote. El suyo se vestía con un *dhoti*⁶ sucio y con una camiseta verde; el mío siempre iba bien vestido. Recuerdo qué aspecto tan elegante tenía cuando vino a visitarnos por Id. Vestía una *angarkha* de chintz verde, un *pijama*⁷ de seda, babuchas de terciopelo, un gorro de encaje y un chal de calicó verde sobre los hombros. En cambio, el prometido de Kariman llevaba en la cabeza un trozo de tela anudado de mala manera y caminaba descalzo.

En definitiva, que yo era feliz con mi vida, ya que era incapaz de imaginar que fuera posible vivir mejor. Parecía como si muy pronto todos mis sueños se fueran a hacer realidad.

Durante el tiempo en que viví con mis padres no recuerdo haber sufrido por nada. Solamente en una ocasión en que jugando al escondite perdí un anillo. Era un simple anillo de plata que no debía costar más que un *anna*⁸, pero

⁶ Pieza de tela que llevan los hombres enrollada a la cintura, y uno de sus extremos se pasa por debajo de las piernas y se anuda a la cintura.

⁷ Siempre que aparece en el texto la palabra *pijama*, de la que proviene nuestro término «pijama», hace referencia a unos pantalones de tela fina, generalmente muy anchos, atados en la cintura con un cordel, y algo más estrechos en los bajos. Este tipo de pantalón es utilizado tanto por hombres como mujeres, aunque generalmente los de los hombres son menos anchos.

⁸ Dieciseisava parte de una rupia.

yo era demasiado joven para darme cuenta de eso y lloré tanto que se me enrojecieron e hincharon los ojos. No le dije nada a mi madre, pero ella por la noche, al ver que no tenía el anillo, me preguntó qué había pasado y se lo tuve que contar, y me dio una bofetada. Yo me puse a gritar y estuve llorando un buen rato. Más tarde llegó a casa mi padre, que regañó a mi madre, y a mí me hizo muchos mimos para consolarme.

Sin duda, él siempre me quiso más que mi madre pues nunca me castigaba. Mi madre, en cambio, me castigaba por la menor cosa. Su favorito era mi hermano pequeño. En ocasiones me pegaban por su culpa, a pesar de lo cual yo lo quería mucho. A veces me negaba a cuidar de mi hermano únicamente para fastidiar a mi madre pero, en cuanto se daba la vuelta, lo cogía, lo besaba y lo abrazaba, y, cuando veía que se acercaba mi madre, lo dejaba en el suelo y él se ponía a llorar. Mi madre, creyendo que le había hecho llorar, me volvía a regañar. A pesar de todo, ella se preocupaba mucho si me hacía el menor arañazo, hasta el punto de dejar de comer y de beber y de no poder dormir por las noches. En esas ocasiones, acudía a todo el mundo en busca de medicinas o amuletos que me devolvieran la salud.

Para reunir mi dote, mi madre se quitó el collar que llevaba siempre y se lo dio a mi padre para que lo mandara fundir y así hacer otro añadiéndole un poco más de plata, y también le dio un par de joyas nuevas que tenía para que las mandara pulir. Se guardó únicamente unos cuantos utensilios de cocina y los demás los llevó a estañar

para dármelos a mí. Cuando mi padre le dijo que se guardara algunas cosas para ella, respondió:

–No te preocupes por mí. Tu hermana es la mujer de un gran terrateniente y no quiero que piense que no le diste a tu hija nada que valga la pena. Puede que sea tu hermana, pero será también la suegra de nuestra hija. ¡Si se presenta en su nuevo hogar con las manos vacías, no hará más que burlarse de nosotros!

Mirza Ruswa, le he descrito cómo era mi familia y cómo fue mi infancia. Ahora le toca a usted decidir si vivía o no vivía bien, pero, para mi poco sofisticado espíritu, éste era un buen ambiente.

Capítulo II



Yo sé por qué por el camino errado empecé a vagar,
pero a mi amigo y consejero, ¿cómo se lo podré explicar?

En muchas ocasiones he oído afirmar que las muchachas que nacen en casas de meretrices tienen muy pocas posibilidades de salir de ese ambiente, y que de ellas solo se puede esperar lo peor. Se crían en una atmósfera donde reina la inmoralidad, tanto en las madres como en las hijas. Sin embargo, las muchachas de familias honradas que se escapan de su casa o que eligen el camino errado no merecen el más mínimo perdón.

Si no cuento más cosas de mi vida y me limito a decir que empecé a dedicarme a la vida disoluta, la gente pensará que el retraso en fijar la fecha de mi boda me impacientó e hizo que le echara el ojo a algún hombre y que me escapara con él, y que cuando éste me abandonó, me marché con otro, pero, como aquella relación tampoco funcionó, huí con otro hombre, hasta que, poco a poco, terminé en esta profesión. No les voy a culpar por llegar a esa conclusión ya que eso es lo que ocurre habitualmente. A lo largo de mi vida he visto y he oído hablar de muchas mujeres respetables o de hijas que se desvían del buen camino, y conozco las diversas circunstancias que las empujan a ha-

cerlo. En primer lugar está la torpeza de los padres a la hora de casar a sus hijas en el momento adecuado, una vez que han alcanzado la pubertad. En segundo lugar está el hecho de casar a las hijas con otro hombre sin su consentimiento; los padres no prestan demasiada atención a cuestiones como la diferencia de edad, la apariencia física o el temperamento, y arrojan a sus hijas a los brazos del primer hombre que encuentran. Tan pronto como éstas descubren que son incapaces de convivir con el marido, lo abandonan. En otras ocasiones, lo que ocurre es que las muchachas tienen la desgracia de enviudar siendo aún jóvenes, y son incapaces de soportar su viudedad. Si tienen suerte, consiguen otro marido; si no la tienen y empiezan a frecuentar malas compañías, se echan a la calle. Sin embargo, a mí no me ocurrió nada de esto. Simplemente, nací desafortunada. Los embates del destino me lanzaron a esa jungla, sin que me quedara otra opción que el mal camino.

Dilawar Jan, cuya casa estaba a poca distancia de la nuestra, se relacionaba con ladrones. Había pasado muchos años encarcelado en Lucknow. En la época a la que me estoy refiriendo ahora, había conseguido que lo liberaran a través de la intercesión de algún conocido.

En una ocasión tuvo un gran conflicto con mi padre. Cuando detuvieron a Dilawar en Feizabad, llamaron a los habitantes de nuestra aldea para que testificaran sobre su reputación. Mi padre, que era una persona sencilla y sincera, estaba entre ellos. Un señor tocado con un turbante que estaba al servicio de la reina le puso el sagrado Corán en la mano y le preguntó:

—Y bien, yamadar, dígame toda la verdad; ¿qué tipo de persona es Dilawar Jan?

Mi padre dijo sinceramente todo lo que sabía sobre él, y a raíz de su testimonio enviaron a Dilawar a la cárcel. Todo esto se lo oí contar a mi madre. Él alimentó ese rencor en su corazón y cuando salió de la prisión decidió vengarse. Para mortificar a mi padre se compró una bandada de palomas e hizo que éstas capturaran a una de las suyas. Mi padre le ofreció cuatro *annas* por ella, pero él le pedía ocho.

Una tarde, antes de que mi padre regresara del trabajo, salí de casa por casualidad y vi a Dilawar Jan sentado bajo el tamarindo. Me dijo:

—¡Niña, ven! Tu padre y yo ya hemos arreglado el asunto del dinero. Puedes venir a recoger la paloma.

Yo caí en la trampa. Fui con él a su casa, pero allí no había ninguna paloma y, en cuanto entré, cerró la puerta por dentro. Quise gritar, pero él me amordazó metiéndome un trozo de tela en la boca. Me ató las manos con un pañuelo y me tiró al suelo. Abrió la puerta trasera y llamó a un tal Pir Bajsh. Entre los dos me sujetaron, me subieron a un carro de bueyes, y nos pusimos en marcha. Los bueyes caminaban a buen ritmo.

Fui una víctima impotente en las garras de esos malvados. Dilawar Jan me tenía inmovilizada bajo sus rodillas hasta el punto de que casi no podía respirar. Tenía un cuchillo en la mano y los ojos inyectados en sangre. Pir Bajsh conducía el carro.

Al cabo de un rato anocheció y todo se tornó oscuridad. Era un día de invierno. Comenzó a soplar un fuerte

y desabrido viento y yo estaba tiritando de frío. No hacía más que llorar pensando en la desgracia que me había ocurrido. Pensé en mi padre, que habría vuelto del trabajo y me estaría buscando por toda la casa; en mi madre, que se estaría golpeando el pecho; y en mi hermano, que estaría jugando, ajeno a la terrible situación en que se encontraba su hermana. Ante mis ojos desfilaban las imágenes de mi madre, mi padre, mi hermano, la casa con su veranda, el patio y la cocina, mientras temía por mi propia vida. Allí se encontraba Dilawar Jan, que a cada momento me amenazaba con el cuchillo. Estaba aterrorizada pensando que me lo podía clavar en el pecho en cualquier instante. A pesar de que ya no tenía tapada la boca, estaba tan atemorizada que era incapaz de emitir sonido alguno. Mientras yo me hallaba en semejante estado, Dilawar Jan y Pir Bajsh no hacían más que hablar y reírse, sin dejar de insultarnos a mí y a mis padres.

—Dicen que el hijo de un hombre valiente vengará el mal que le hayan hecho incluso aunque hayan pasado doce años —dijo Dilawar Jan—. ¿Ves, mi querido Pir Bajsh?, ese hijo de perra va a sufrir ahora.

—No hay duda de que has demostrado lo que dice el refrán —confirmó Pir Bajsh—. Están a punto de cumplirse doce años desde que te sentenciaron, ¿no?

—Exactamente doce, hermano. ¡Cuántas desgracias tuve que soportar en la cárcel en Lucknow! Bueno, ya se arrepentirá él un día. Y esto es solo la primera parte. Tengo intención de matarlo.

—¿De verdad?

—¿Por quién me has tomado? Si no lo mato, es que soy un bastardo en vez del hijo legítimo de un pathan¹.

—Sé que cumples tu palabra.

—Tú espera y verás.

—Y ¿qué es lo que piensas hacer con esta niña? —preguntó Pir Bajsh.

—Matarla y arrojarla a una cloaca, y regresar a casa antes de que se haga de día.

Al oír esto no tuve la menor duda de que se aproximaba mi fin. Se me secaron las lágrimas, sentí una sacudida en el corazón, me quedé en blanco, y todos los miembros prácticamente inertes. Sin embargo, pese a verme así, en el rostro de aquel monstruo no hubo el menor signo de piedad. Al contrario, me dio un gran golpetazo en el pecho que hizo que me encogiera de dolor y casi me cayera de la carreta.

Pir Bajsh preguntó:

—Si matas a la niña, ¿cómo me vas a pagar?

—Te pagaré hasta la última rupia.

—¿Dónde vas a conseguir el dinero? Creía que tenías otros planes.

—Si no puedo reunir el dinero de otra manera, venderé las palomas y te pagaré.

—Eres un idiota. ¿Por qué vas a tener que vender las palomas? ¿Quieres que te diga otra manera?

—Dime.

—Amigo mío, vamos a llevar a la niña a Lucknow y la venderemos allí.

¹ Grupo étnico originario de Afganistán, famoso por su bravura.

El temor a la muerte me había afectado al oído y para mí las voces de aquellos bribones no eran más que un murmullo en medio de una pesadilla. No obstante, alcancé a comprender las palabras de Pir Bajsh y recuperé alguna esperanza de conservar la vida. Lo bendije en mi fuero interno. Pero ¿qué querría hacer el otro asesino?

—De acuerdo, ya veremos cuando llegue el momento. Vamos a darnos prisa.

—Detengámonos aquí un rato. Allí hay una hoguera, en aquel árbol. Cogeré unas cuantas ascuas para la *huqqa*.

Cuando Pir Bajsh se marchó empecé a pensar que a lo mejor Dilawar me mataba antes de que el otro volviera, de modo que fui presa de un ataque de nervios y me puse a gritar con todas mis fuerzas. Dilawar Jan me golpeó con gran fuerza en la cara y me dijo:

—¡Cállate, desgraciada, o te clavo este cuchillo!

Pir Bajsh, que no se había alejado mucho, le gritó a Dilawar que se contuviera:

—¡No hagas eso, hermano! Hagamos lo que yo he dicho.

—De acuerdo, de acuerdo —le aseguró Dilawar Jan—. Ve y coge las ascuas.

Al cabo de poco tiempo regresó Pir Bajsh con unos cuantos trozos de carbón, preparó la *huqqa* y se la pasó a su compañero. Dilawar Jan le dio una bocanada y preguntó:

—¿Cuánto crees que nos darán por ella? ¿Quién se encargará de la venta? Espero que no nos descubran porque si no, nos meteremos en un lío.

—De eso me encargo yo. Yo la venderé. ¿Quién nos

va a descubrir? En Lucknow este tipo de tratos se hacen continuamente. ¿Tú conoces a mi cuñado?

—¿A Karim?

—Sí, a ése. Se dedica a esto. Ya ha raptado a un montón de niños y niñas y los ha vendido en Lucknow.

—Y ¿dónde está ahora?

—Pues dónde va a estar, ¡en Lucknow! La casa de sus suegros está al otro lado del río Gomti. Tiene que estar allí.

—¿Cuánto vale un niño o una niña? —preguntó al cabo de un rato Dilawar Jan.

—Depende de su físico.

—¿Cuánto crees que valdrá ésta?

—Pues cien o, con un poco de suerte, ciento cincuenta rupias.

—¿Qué dices? ¿Cien o ciento cincuenta? No es que sea demasiado guapa. Cien ya será mucho para ella.

—Bueno, por intentarlo no pasa nada. ¿Qué sacas con matarla?

A continuación Dilawar Jan se acercó a Pir Bajsh y le dijo algo al oído que no alcancé a oír, a lo cual éste respondió:

—¡Eso ya lo sé! ¿O te crees que soy tonto?

Viajamos toda la noche. A pesar de que la muerte mero-deaba ante mis ojos, poco después me sumergí en un sueño profundo, como habrá oído usted que le ocurre al condenado a muerte, que es capaz de dormir mientras espera que lo ahorquen. Pir Bajsh se apiadó de mí y me cubrió con una manta que tenía para los bueyes. Me desperté varias veces, pero seguí tumbada sin hacer ningún ruido. En una ocasión, me quité la manta de la cara y descubrí que estaba sola en la

carreta. Levanté la cortina lateral y vi una serie de chozas y una tienda de comestibles. Dilawar Jan y Pir Bajsh estaban comprando algo. Habían desuncido los bueyes, y éstos estaban comiendo forraje bajo un baniano. Había algunos aldeanos sentados alrededor de un fuego calentándose las manos y fumando un *chillum*². Pir Bajsh volvió y me dio unos cereales tostados. No había comido nada durante toda la noche y estaba hambrienta. A continuación, me trajo una jarra de agua. Bebí un poco y me volví a tumbar.

El carro estuvo parado un buen rato, después Pir Bajsh se levantó y volvió a uncir los bueyes. Dilawar Jan llenó la *buqqa*, se acercó y se sentó a mi lado. Reemprendimos la marcha. Aquel día no fue tan duro conmigo. No me mostró el cuchillo ni tampoco me chilló ni me pegó. Pararon en varios lugares para volver a llenar la *buqqa* y en todo el camino no cesaron de charlar y canturrear. Su charla a veces se convertía en trifulca. Entonces se remangaban la camisa, se ajustaban el cinturón y saltaban del carro, pero acto seguido, alguna cosa templaba sus ánimos y se acababa la pelea. Se reconciliaban y empezaban a hablar de un modo tan amistoso que resultaba difícil pensar que hubiera habido algún malentendido entre ellos.

—¿Cómo nos vamos a pelear nosotros? —preguntaba uno de ellos.

—De ningún modo —contestaba el otro.

—De acuerdo, lo pasado, pasado está.

—Eso, lo pasado, pasado está.

² Pipa de barro en la que se fuma marihuana u opio.